

Álvaro Vidal Lloret y Rut Lloret del Blanco

“Una serie de catastróficas desdichas”

La intriga que se contagia

TÍTULOS DE LA SERIE DE LEMONY SNICKET:

Un mal principio (Barcelona: Lumen, 2001)*La habitación de los reptiles* (Barcelona: Lumen, 2001)*El ventanal* (Barcelona: Montena, 2003)*El aserradero lúgubre* (Barcelona: Montena, 2003)*Una academia muy austera* (Barcelona: Montena, 2003)*El ascensor artificioso* (Barcelona: Montena, 2003)*La villa vil* (Barcelona: Tusquets, 2007)*El hospital hostil* (Barcelona: Tusquets, 2007)

Me regalaron *La villa vil* y *El hospital hostil* para mi cumpleaños, junto con otros muchos libros. Leí la contraportada del primero. Luego me prestaron los tres primeros libros de Montena, en los que se basa la película. Leí un poco y me di cuenta que se diferenciaban de otros libros: el autor no invita a leerlos. Sin embargo con ello consigue más misterio. Te dice como “si no me lees, nunca sabrás el desdichado destino de los huérfanos Baudelaire”. Esto produce una sensación parecida a “así que por lo menos empiézatelo y si no te gusta lo dejas”.

“Si estáis interesados en historias con un final feliz, será mejor que leáis otro libro. En este, no sólo no hay un final feliz, sino que tampoco hay un principio feliz y muy pocos sucesos felices en medio”.

La primera desgracia que les ocurre a los protagonistas, los hermanos Baudelaire, empieza con la muerte de sus padres en un incendio. A partir de ahí se enfrentarán continuamente con un antagonista, el conde Olaf. Al principio como es él mismo y después con todos los personajes en los que se va transformando, que suele engañar a todos menos a los niños. Violet es la hermana mayor, de 14 años, y le encanta inventar. Esto les ayuda a resolver muchos problemas. Entre sus inventos me gustan el paraguas para subir a la torre en la que está encerrada su hermana pequeña (*Un mal principio*) y las gomas para bajar del Hospital Hostil y escapar de sus perseguidores. Klaus es el único chico, de unos 12 años, y

le gusta leer. A la pequeña, Sunny, que es muy graciosa, sólo la entienden sus hermanos y les ayuda mordiendo.

El sentido del humor es parecido al de Roald Dahl, uno de mis autores favoritos. Dirige la ironía casi siempre en contra de los adultos. Sin embargo se diferencian en la fantasía: los niños en los libros de Dahl pueden utilizar la magia y poderes (*Mattilda*, *El dedo mágico*, *La maravillosa medicina de Jorge...*) mientras que en los de Snicket no. Los dos autores exageran en las situaciones y los personajes. El comportamiento de los adultos es parecido en los dos autores: a los niños no les toman en serio. Si tienen la solución a algún problema, los ignoran aunque deberían hacerles caso. En la serie de “Catastróficas desdichas” algunos personajes creen que los niños no conocen el significado de algunas palabras y no saben a quién tienen delante, a Klaus, un niño de doce años que probablemente ha leído más que ellos.

El libro no resulta tan triste como otros porque parece que el autor está protegiendo a los niños, por eso no da tanta pena.

Me han gustado mucho los anagramas. Aparecen mucho, por ejemplo, el escritor de “La boda maravillosa” (*Un mal principio*) es Al Funcoot y si movemos un poco las letras nos sale Count Olaf. O por ejemplo en el hospital Hemlich (*El hospital hostil*) para descubrir donde se encontraba Violet, Klaus y Sunny usan sopas de letras en una lista con los nombres de los pa-

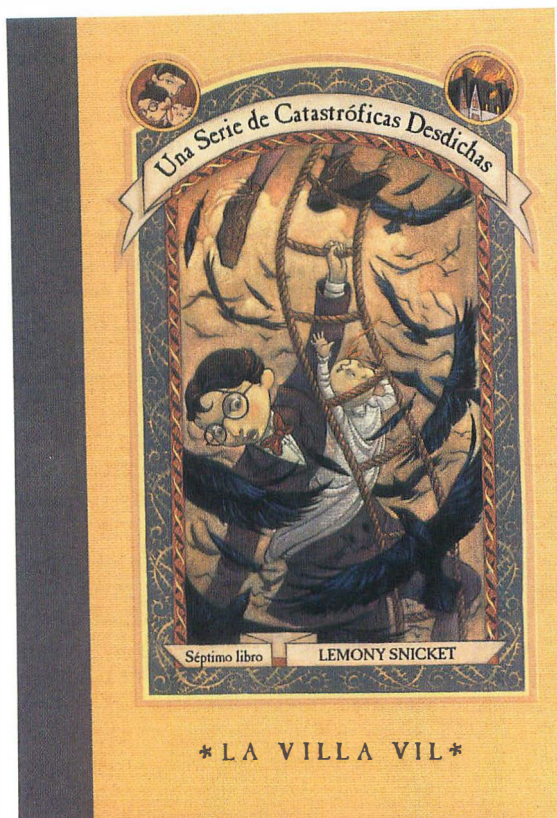
cientes hasta dar con Laura V. Bleediotie y si movemos las letras nos sale Violet Baudelaire.

En los libros todo tiene misterio. Todos creemos que el autor se llama Lemony Snicket. Es su seudónimo, su nombre real es Daniel Haendler.

Los lugares también son muy recurrentes y muy fáciles de imaginar gracias a que el autor los describe muy bien: la Playa Salada, la casa de Olaf, la habitación de los reptiles, el lago lacrimógeno, VFD (Villa Fabulosa Desbandada), el hospital Hemlich, etcétera. Las ilustraciones son buenas, recuerdan a las de Edward Gorey.

Recomendaría que no hiciérais caso al autor y leyérais alguno de los libros de la colección porque, aunque a los niños les persigan una serie de catastróficas desdichas, son interesantes y misteriosos, lo que en este contexto significa que mantienen tu atención desde que los empiezas hasta que los terminas, quieres descubrir lo que les pasa y por qué... ¿qué es VFD en realidad? ¿Quién es Snicket? ¿Seguro que murieron sus padres...? ◀▶

Álvaro Vidal Lloret



"Para Beatrice

*Cuando vivías, me tenías sin respiración,
ahora eres tú quien se ha quedado sin ella."*

De verdad que sí, me he quedado sin ella. ¿A quién se le ocurre poner esta dedicatoria? ¿A una persona muerta, en esos términos?

—¡Socorro! Álvaro ¿quién es Beatrice?

—Todavía no lo sé. Parece que le dedica todos los libros. Mira: "Para Beatrice, querida, encantadora, muerta". Creo que te lo vas a tener que leer...

—Claro que sí.

Cuando lo hago, pienso que estamos leyendo libros distintos: el que le interesa a él y el que me interesa a mí. Sin embargo, a pesar de haber comentado cuestiones sobre el argumento, me he sorprendido al comprobar que coincidimos en la mayor parte de las observaciones y opiniones, hasta en el móvil para leer el libro. Los resortes que mueven nuestra curiosidad son parecidos.

La coincidencia más sustancial y quizá el principal encanto de la serie, está en sus protagonistas, los huérfanos Baudelaire, que resuelven situaciones increíbles utilizando sus propios recursos, sin ayuda de elementos fantásticos. No hay posibilidad de auxilio externo. El narrador no envía criaturas mágicas que alivien la pesada carga de sobrevivir solos y salir airosos de las innumerables penalidades a las que les

va enfrentando. Tampoco les dota de poderes o dones extraordinarios. Lo extraordinario es la forma en que utilizan un don de apariencia normal, la inteligencia, que cada hermano aprovechará de la manera que más arraiga con sus gustos. La inventiva y la aplicación del saber provienen de su amor a la técnica (Violet) y a la lectura (Klaus). La hermana pequeña, Sunny, con gran intuición, se me escapa, salta por encima de este argumento y muerde porque sí, pero es igualmente resolutiva.

El autor se muestra generoso con los niños al dotarles de un arma infalible: coraje intelectual, serenidad para concentrarse y deducir en situaciones terribles. Una vez hallada la clave, poseen el valor de llevarla a la práctica.

La capacidad de los chicos de ser independientes y valerse por sí mismos, que comparte esta obra con muchas de las sagas de éxito actuales y con la literatura clásica, es quizás el elemento común que atrae a lectores con preferencias distintas. Esto nos podría llevar a una reflexión más larga que, gracias a una amiga, se sintetiza en un simple "con padres no hay aventura". Los niños se entienden entre ellos, y aunque sea en la ficción, les gusta

experimentar, por no decir que les dejemos un rato a su aire, que les dejemos su tiempo.

A mí –no ya como madre, sino como lectora– me interesan más los procedimientos ingeniosos, rudimentarios o sofisticados, e incluso la chiripa para avanzar en la historia hasta llegar al desenlace. Es una preferencia literaria, no un juicio. No siempre ha sido así, ahora suelo perderme en la literatura fantástica si son obras muy largas, descriptivas y contienen demasiados elementos que pueden distraer mi atención (personajes, criaturas mágicas, códigos...). Será cuestión de falta de tiempo. ¡Qué le vamos a hacer! Una cuando lee es quien es, aunque a veces sea la niña que fue.

Daniel Handler ha situado la fantasía en los ambientes extravagantes y en la truculenta trama. Me gusta que lo haya hecho con ironía, con ingenio y jugando con la intriga. Además tiene una forma particular de enjaretar referencias literarias, estéticas y hasta una “muchedumbre airada” sin apabullar o resultar ininteligible.

A pesar de respetar al narrador ¿le creemos cuando nos advierte que es una historia triste, demasiado desdichada o cruel? ¿Seguimos su reiterada sugerencia de abandonar la lectura? No. Somos lectores desobedientes y él lo sabe. ¿Lo percibe igual un chico de 11 años?

Pregunto a Álvaro:

–¿Te parece que tiene humor negro?

–¿Ehh?

–¿Se ríe de las desgracias?

–¡Ah! la ironía dramática.

–¡Eso sí que no lo pongo! Nadie va a creer que lo has dicho tú.

– No lo digo yo, lo dice Lemony Snicket.

Ante mi pasmo trae *La habitación de los reptiles*, pasa páginas y lee:

“Hay una clase de situaciones que ocurren demasiado a menudo, y que en este punto de la historia de los huérfanos Baudelaire está teniendo lugar, llamada ‘ironía dramática’. En cuatro palabras, tenemos ironía dramática cuando una persona hace una observación inofensiva y otra persona que la oye, sabe algo que hace que dicha observación tenga un significado diferente y, por lo general, desagradable. Por ejemplo, si estuvieses en un restaurante y dijese en voz alta: ‘Estoy impaciente por comer el filete marsala que he pedido’, y hubiese personas que supiesen que el filete marsala estaba envenenado y que morirías en cuanto probases el primer bocado, tu situación sería de ironía dramática. La ironía dramática es un acontecimiento cruel, inquietante, y siento que aparezca en mi historia... pero Violet,

Klaus y Sunny tienen unas vidas tan desgraciadas que sólo era cuestión de tiempo que la ironía dramática mostrase su horrible rostro”.

Ya no sé si dar mi opinión. La doy. Gracias a la ausencia de regodeo de los protagonistas en sus desgracias –esta labor la realiza Snicket, que, sin abandonar el humor, pone la compasión de su parte– no se ve todo el drama que dibuja la trama. A ello contribuye la irrealidad que impregna la obra y se percibe en todo. Personajes trazados como el mapa político de África, rectos de regla, sin recovecos que se adapten a la naturaleza: niños nobles y competentes frente a adultos crueles, incapaces, muy excéntricos y teatrales. Sin embargo el argumento, siendo más inverosímil, se ajusta más a un mapa de carretera de montaña: se retuerce, se estira y tiende al infinito a pesar de no tener espacio para ello.

La serie de historias va desbaratando la mayor parte de los prejuicios que tenemos los padres cuando los niños, sobre todo los más pequeños, se enfrentan a un libro: muerte de seres queridos, crueldad excesiva, niños en situaciones peligrosas, etcétera. El narrador con sus habituales intervenciones explica de forma brillante los puntos especialmente conflictivos. Expone ejemplos en ocasiones disparatados, originales, siempre cargados de humor, pero no exentos de sentido común.

La mejor virtud puede que a lo largo de la serie se convierta en su peor defecto: sorpresa, ironía, artificio, excentricidad... Lo que en principio resulta original puede llegar a convertirse en monótono. A ello se suma el estilo tan marcado, peculiar, lleno de referencias y la tendencia a la repetición. Si bien es cierto que los cabos sueltos, recordados con frecuencia y el anticipo de los sucesos futuros, como un trailer de película, pueden provocar una intriga que tire hasta el final de la historia. Este ha sido un punto de desacuerdo con Álvaro que, a pesar de mi consejo “yo creo que dosificaría o te puedes empachar”, se ha zampado todas las entregas a su alcance seguidas y sigue con apetito.

Una serie de catastróficas desdichas puede transformarse en una serie de múltiples utilidades: un diccionario (incorporado al texto), una manual de recursos estilísticos, una guía para escribir un libro de intriga, una enciclopedia de reptiles, un manual de trucos para descifrar la intriga de un libro de intriga o simplemente un libro de intriga... por cierto... ¿alguien me puede decir quién es Beatrice? ◀▶

Rut Lloret del Blanco